

Conversión de médico a soldado

El Nuevo Herald
8-19-89-12

Por ORLANDO BOSCH

Hace unos días, en un fraternal diálogo con un psicoanalista, éste se interesó mucho en que le explicara algo que está implícito en el título de esta reseña que voy a tratar de desglosar; y la cual puede serle interesante a quienes, sin estar apasionados ni comprometidos, tengan mayor transparencia para la percepción y evaluación de mis respuestas.

Le respondí al interesado psicoanalista que la transición de médico a combatiente me fue muy difícil, pues las guerras son una competencia de crueldades regidas por un sinnúmero de imponderables. Pero, por otro lado, Martí nos enseñó que no tiene moral para convocar a una guerra quien no participa en ella. Muchas veces encontraba contradicciones en aquella transmutación a la que me arrastraban el deber y mis principios. Otras veces, las respuestas me confundían; y otras, más justas por convicción, me animaban pensando que los sentimientos no pueden regir los deberes, y estos últimos hay que cumplirlos por encima de los primeros.

La constante del deber

Pero aún así, me acordaba mucho de Napoleón cuando dijo que el médico y el sacerdote no deben pertenecer a causa determinada y deben estar desprovistos de toda pasión política. Criterio que si en el ejercicio de la profesión es verdad, es por otro lado confiscatorio de la sensibilidad humana.

Le conté que al final, y hace muchos años, cansado de tantas tribulaciones e incertidumbres, dejé que mi conciencia y mi carácter fueran los árbitros en mi transición humana y en la lucha por la libertad de mi país. Mi conciencia se convirtió en tribuna donde el único orador era el clamor de la patria con su dolor y agonía. El carácter, siguiendo la prédica martiana, se me tornó como el mármol, blanco y duro. Y así, con mi conciencia embriandando el carácter, hice una cons-

tante del deber, a la vez que rogaba a Dios que en todo ello mi conducta y mis acciones estuvieran siempre separadas de la maldad del enemigo que las originaron. Así, con otras complicaciones humanas, fue la dura y difícil metamorfosis de médico a soldado.

En la mirilla del enemigo

¿Qué haré si me deportan? Eso no pude responderlo al psicoanalista, porque estoy como los aerolitos, sin saber entre qué paralelo y qué meridiano me lanzarán. En mi destino entonces tendré que regirme por aquellas sabias palabras de Ortega y Gasset: "El hombre es el hombre y sus circunstancias". Tendré que batirme a base de intuiciones y presunciones, acechado y en la mirilla del enemigo, la Interpol, las autoridades policiales y sabe Dios quién más. Será como una lucha cuerpo a cuerpo con el destino sin poder convertirme en fantasma para escapar a un adversario intangible, hasta que la muerte me sorprenda, y con ella, el favor de que termine tanta infamia. Mientras tanto, ya sólo atino a suplicarle a Dios que me siga ayudando a comprender cuánto más debo resistir hasta que la ira de por acá acabe de embriagarse con la sangre que brotará por algún allá lejano.

Si me asesinan, las balas serán de manufactura castrista, pero la diana que será mi carne, sin duda alguna y sin justificación valedera *a posteriori*, tendrá el cuño de Estados Unidos.

Lo más sagrado

Dijo Federico II que es un sacrilegio mercar o vender las cosas sagradas, y añadió: "¿Y hay algo más sagrado que la sangre del hombre?"

Al final, el psicoanalista me pidió que le definiera la cobardía. No sé, le respondí. Me miró fijamente, bajó la cabeza y se marchó lentamente.

Alguien me informó después que el psicoanalista, de unos 40 años, tenía sólo 10 cuando le fusilaron al padre en Cuba. Está casado con una mujer rica con quien tiene un hijo que es casi el retrato de su padre fusilado. Vive cómodamente, aunque su mirada me dio la impresión de que algo lo persigue.

ORLANDO BOSCH, médico cubano y luchador anticastrista, se encuentra actualmente encarcelado en Miami a la espera de una decisión oficial sobre su situación legal.